

Cuando los escarabajos éramos nosotros

Y entonces lo sabe el corazón,
y la mano, y la boca...

Miklós Radnóti

El tío Bandi fumaba puros y, como necesitábamos urgentemente un sitio donde meter los escarabajos, se alegraba de poder deshacerse de las cajas vacías, que se iban amontonando en el salón. Pero no torturéis a los animales –refunfuñaba el tío Bandi, inmerso en una cortina de humo– tenéis que perforar la tapa y meter unas hojas en la caja. Así que metíamos en las cajas de puros los escarabajos que recolectábamos y extendíamos en ellas un par de hojas frescas para que los insectos se encontrasen a gusto. Cuando ahora recuerdo aquellos momentos, pienso que los escarabajos debían de sentirse fatal en aquella caja pese a que los sacáramos de vez en cuando. A mí no me importaba que los escarabajos se me subieran gateando por el dorso de la mano, pero mi amiga Ami se ponía a chillar y gritaba: ¡Lleváoslos, lleváoslos! Y los volvíamos a meter en su caja correspondiente. A veces me acercaba la caja al oído para escuchar si los escarabajos se movían, pero no acertaba a distinguir sonido alguno; se oía cómo crujían y rodaban las hojas cuando ya estaban

secas. ¿Dejamos en libertad los escarabajos en algún momento? Ya ni me acuerdo. Lo único que permanece indeleble en mi memoria es el sonido del leve crepitar de la hojarasca y el olor del humo de los puros que fumaba el tío Bandi.

Más tarde, cuando los escarabajos éramos nosotros, sabía con creces que la situación en la que nos hallábamos era verdaderamente terrible. Si bien tenía por aquel entonces doce años y una estatura bastante baja para mi edad, mis padres sabían que ya no podían ocultarme nada. Todo estaba al descubierto, ante sus ojos y ante los míos. “Los judíos no son húngaros”, bramaban por las calles los de la Cruz Flechada, y también yo comprendía a lo que se referían realmente: “¡Lleváoslos, lleváoslos!”. En marzo de 1944 hasta nos invadieron los alemanes. Ya digo, era verdaderamente terrible. Mis padres, las tías, los tíos y, sí, también el tío Bandi, todos estaban atenzados por el miedo y llevaban mucho tiempo viviendo de puntillas. Cada vez que nos cruzábamos por la calle con miembros de la Cruz Flechada, nuestros padres nos agarraban de la mano e intentaban pasar con celeridad a la otra acera sin llamar mucho la atención. Y si eso no era posible, veíamos cómo se acogotaban, cómo expiraban para hacerse invisibles o cómo se metían en cualquier huequecillo del adoquinado para, sin soltarnos de la mano, conseguir escabullirse. Pero no servía de nada. Una y otra vez oíamos el ulular de las hordas, sentíamos el odio que regurgitaba de ellas. Los alemanes, por el contrario, no bramaban. Igual que muñecos a los que se les hubiera dado cuerda, pasaban desfilando junto a nosotros como si ya hubiésemos dejado de existir. Hoy sé que con la ayuda de las autoridades húngaras habían preparado unas listas en las que figuraban nuestros nombres y que no tenían tiempo de andar por ahí bramando. Se habían acuartelado en el Hotel Astoria, a cuya cafetería les gustaba ir al tío Bandi y a mi padre. A través de las ventanas abiertas de las habitaciones se oía el traqueteo de las máquinas de escribir y, cuando pasábamos por delante, veíamos ondear las cortinas blancas como si el hotel fuera a partir de viaje y quisiera despedirse de

nosotros. Era un espléndido comienzo del verano, pero lo que se dice escarabajos a decir verdad no vi ninguno ese año. Yo ya era casi adulta.

Pero, con todo y con eso, seguía teniendo mis largas trenzas, por las que me sentía muy orgullosa. Eran las trenzas más bonitas del mundo; adoraba aquellos minutos de cada mañana en los que mi madre me cepillaba el cabello y luego me lo trenzaba. De qué color, me preguntaba todas las veces cuando iba terminando de trenzarme el pelo y todas las veces resoplábamos porque yo siempre quería que me pusiera lazos rojos, a sabiendas de que no teníamos lazos de otros colores. Qué querrá ser de mayor mi Eva, era otra de esas preguntas que solía hacerme en aquellos minutos, pese a que me lo preguntara con una frecuencia cada vez menor, y cuando me interesaba por el motivo por el cual ella ya no quería saberlo, lo único que replicaba era: Hay que darle tiempo al tiempo, todo se andará; pero yo percibía el temor y la preocupación que la invadían siempre que me daba un achuchón nada más terminar de atarme los lazos rojos. Insisto, yo adoraba mis trenzas, por mucho que los chicos de mi curso se burlaran de mí en el recreo e intentaran tirar de ellas y arrancarme las cintas rojas. Pero luego mis amigas los amenazaban con propinarles un puñetazo y echaban a correr tras ellos, profiriendo tales improperios que se marchaban corriendo muertas de la risa. No nos amedrentaban.

Ahora he de hablaros de mi padre, quien todos los días me llevaba a rastras a los Baños Gellert ya desde pequeña y me tiraba a la piscina sin más contemplaciones. Era un impaciente y le encantaba el agua. Eso de dar uniformes y serenas brazadas no era lo suyo; desde el borde de la piscina se zambullía como una morsa, se ponía inmediatamente a chapotear y a hacer tales aspavientos con las manos y los pies que la gente que se estaba bañando a su alrededor se salía de la piscina echando pestes para librarse de los remolinos de agua, que a modo de cascada amenazaban con engullirlos. De vez en cuando soltaba el aire a resoplidos y exclamaba entusiasmado ante los allí presentes: ¡Qué placer, qué placer! Y entonces sonreían incluso las ancianas que se hallaban en el balneario, quienes por lo demás solían

observarlo con cara de pocos amigos y miraban su actuación diaria con desdén. En la misma medida que lo miraban a él con desconfianza, me tenían a mí cariño y compasión. Qué niña más tierna y qué padre más furibundo, que era capaz de levantar una marejada de tal envergadura en la piscina que a veces hasta les llegaban a los pies las olas y terminaban mojándoles las chanclas. Un bruto, que casi ahoga a la muchacha. Cada mañana, sin atreverse siquiera a respirar, nos seguían con la mirada cuando mi padre cruzaba la puerta oscilante conmigo a cuestras y se iba derecho a la piscina. Soltaba un saludo matutino a los socorristas y, conmigo todavía a sus espaldas, hacía una ligera reverencia ante las damas, se ponía justo al lado del letrero que rezaba “Está estrictamente prohibido saltar desde el borde de la piscina”, se inclinaba hacia un lado, me tiraba al agua y seguidamente se dejaba caer. Sobrecogidas, las señoras retiraban sus chanclas refunfuñando: ¡Pero qué tío más descarado!

Cuando tenía siete años, mi padre empezó a darse cuenta de que yo hacía exactamente lo mismo que él en el agua; agitaba las extremidades de mi cuerpo y no me hundía. Pero si tú no nadas, increpaba mi padre indignado, lo único que haces es chapotear. Así que mandó llamar de inmediato a Bence, el socorrista que más le agradaba y a quien abastecía de puros. Bence, la chica no nada, solo hace como si nadara, se acabó la pantomima, la chica tiene que nadar. Venga. Dicho esto, se salió de la piscina, recogió su albornoz y la cigarrera y se marchó a reunirse con sus amigos, a los que yo llamaba tíos y que siempre me colmaban de dulces y pequeños obsequios. Bence era un profesor estricto; a modo de remuneración se ganó raciones extra de puros, y mientras intentaba enseñarme los fundamentos de la natación, sigilosas volutas de humo se adentraban en la zona de baño procedentes del salón de caballeros.

A los ojos de mi padre, Bence era sin duda alguna el mejor socorrista, pero no era el mejor instructor de natación. Una y otra vez practicaba conmigo, ante la mirada vigilante de las damas, cómo debía dar las brazadas y mover las piernas, pero tan pronto como me

adentraba en la piscina y me dejaba caer, mi cuerpo parecía negarse a realizar cada uno de los movimientos aprendidos, me revolcaba en el agua como un corcho sobre las olas y sumía a Bence en tal desesperación que se liaba a correr de un lado a otro por el borde de la piscina y terminaba gritándome: tienes que nadar, maldita sea, que tienes que nadar te he dicho; ante lo cual una de las señoras le espetó: ¡Pero qué bruto es usted, tiene a la pobrecilla completamente asustada! Las otras señoras, recostadas en sus tumbonas, asintieron sibilantes, por lo que Bence se largó, abandonándome a mi suerte mientras yo las gozaba chapoteando en el agua. Cuando Bence vio que mi padre había regresado del salón de caballeros y me estaba observando desde el borde de la piscina, se puso a su lado, me señaló con el dedo y gruñó: así no funciona, lo he probado todo, son las trenzas. Cuando salimos de los Baños Gellert, de regreso a casa, mi padre, como de costumbre, caminaba blandiendo su bastón en el aire y sentí que, de vez en cuando, sus ojos se posaban pensativos en mis trenzas.

Sé que mi padre habló después con mi madre sobre mis trenzas, pero en este asunto era madre la que tenía la última palabra. Y así fue como mis trenzas, mi padre y yo seguimos yendo a bañarnos a la piscina, donde continuamos chapoteando juntos en el agua. Tan pronto como mi padre se alejaba para reunirse con sus amigos, mis ojos buscaban a Bence, el socorrista, quien desde lejos clavaba en mí una mirada apesadumbrada sin mediar palabra. Y para complacer al triste Bence, me puse a imitar en el agua los movimientos que él, una y otra vez, había practicado conmigo, hasta que me di cuenta de que nadaba y vi que Bence esbozó una sonrisa; pero no se lo contamos a mi padre.

Así eran los tiempos previos al fin del mundo para nuestra familia, un apocalipsis que no queríamos reconocer, ni siquiera cuando ya vivíamos en tiempos oscuros y los momentos en los que íbamos a los Baños Gellert ya solo eran recuerdos entrañables que pendían de los días allá en lo alto como nubes, inalcanzablemente lejanos. Yo tenía doce años; padre había sido convocado para prestar

su Servicio Laboral, no sabíamos dónde estaba destinado ni cómo se encontraba. Los ojos de mi madre se inundaban de lágrimas todas las mañanas cuando me hacía las trenzas, pero no hablábamos de nuestro miedo. No salgas a la calle, quédate en el apartamento, decía madre antes de irse a trabajar. Y me quedaba en el apartamento, que al fin y al cabo no era nuestro; nos habían reasentado en pisos en los que teníamos que vivir rastreramente hacinados con otras familias judías. Y al igual que nuestra vivienda había dejado de existir, tampoco existía el colegio. Desapareció de mi vida de forma irrecuperable, como lo hicieron el camino a la escuela y el patio del recreo, donde los chicos solían tirarme de las trenzas. Nos quedábamos sentados en nuestros apartamentos pensando en lo terrible de nuestra situación.

De todos modos, por las estrellas que nos habían endosado, ya no me apetecía salir a la calle. Protesté cuando madre adornó nuestra ropa con esos trapos amarillos, pero no había nada que hacer. Todas esas cosas y aquellos días en los que sucedieron se desdibujan ante mis ojos. Cuánto me gustaría seguir hablando de hermosos recuerdos y no de esa vida en la que nos habían metido a presión y en la que nos hundían cada día más. Hasta el día de hoy no sé si no me puedo acordar o no me quiero acordar. Creo que hace mucho tiempo construí alrededor de aquellos meses un muro que ya nunca podré derribar; porque sé lo que me espera detrás de él.

¿Dónde estaba mi madre el día en que mi padre apareció sin previo aviso en el apartamento, demacrado y con las mejillas hundidas, despedido del Servicio Laboral con órdenes de esperar a que los alemanes se lo llevaran? Según decían, iban a ser trasladados a Alemania para trabajar allí. Y como le había echado tanto de menos, le supliqué: papá, llévame contigo a Alemania, por favor, llévame contigo, que yo también ya puedo trabajar.

Me di cuenta de que él también me había echado inmensamente de menos porque no se negó de inmediato, me observó

con una mirada escrutadora. Podía ver literalmente que algo andaba elucubrando. Si eres una chica no puedes venir, dijo, los alemanes solo quieren hombres, tienes que erguirte, hacer como si tuvieras más estatura y -ahora venía lo decisivo- esas trenzas tienen que desaparecer. Y mientras todo a mi alrededor empezaba a girar cada vez más deprisa, él se puso a revolver en los cajones del armario de cocina ajeno en busca de unas tijeras. Ponte de espaldas a mí, dijo mi padre, deprisa, antes de que venga mamá, no duele, mi niña, no duele. Madre no vino, y yo escuché el sonido de las tijeras.

Madre sigue sin aparecer, pero veo a otros hombres demacrados, sin afeitar y con la ropa arrugada, que se arremolinan en torno a mi padre y le dicen excitados: Sé sensato, no puedes llevarte al muchacho contigo. Es un niño. Padre me mira. Las trenzas las ha envuelto en papel de periódico, están en una silla, en un rincón, fuera del alcance de la vista de los otros. El niño no, no puede llevarse al niño. Ve las lágrimas en mis ojos y se inclina hacia mí, me abraza sujetándome con fuerza. Hijo mío, -susurra- no es posible, y con una sonrisa empapada en lágrimas me dice: "Tienes que esperar aquí a mamá. No salgas a la calle. No tardaré en volver, pronto todo habrá terminado". Vamos, exclaman los demás, tenemos que irnos al punto de encuentro. Y como un torbellino salen todos apresuradamente. Me dirijo al periódico, que está en la silla de la esquina, y lo levanto. Mis trenzas pesan.

Todo esto sucede en otoño de 1944, días lluviosos y de nubes bajas, la humedad se filtra por todas las rendijas, y día tras día madre sale a buscar un cobijo seguro para nosotros. Se supone que hay refugios y que se expiden pasaportes suecos a judíos, pero hasta ahora no lo ha conseguido. Entretanto, los de la Cruz Flechada están en el gobierno, su odio hacia los judíos sigue siendo inconmensurable. No dejan de recorrer las calles y registrar las casas en busca de nosotros. Tengo miedo cada vez que madre sale de la vivienda. Ahora todo está a oscuras, la luz queda apagada definitivamente. Ya debe de ser

noviembre, me asomo a la ventana esperando que madre vuelva a casa, y sigo esperando y esperando.

A orillas del Danubio. Todas las imágenes anteriores se han borrado. No sé cómo he llegado hasta aquí, somos muchos. Debe de haber sido una redada. ¿Me sacaron de la vivienda? ¿Dónde está madre? Estamos rodeados de Cruces Flechadas, jóvenes con armas de asalto listas para disparar, con tortuosos y burlones semblantes. Veo cuerdas en un carro. ¿Para qué las querrán? Seguidamente, a nosotras las niñas, nos hacen dar un paso adelante y formar grupos de tres. Siempre en grupos de tres. Ahora entiendo lo que pretenden hacer con las cuerdas. Nos atan a todas juntas a la altura del torso y ordenan que nos coloquemos justo al borde de la orilla. Siempre me ha dado miedo caminar por este tramo del paseo marítimo; la orilla quiebra en picado formando un terraplén casi vertical de unos cinco metros de altura. Oigo la voz de mi padre: Eva, aléjate de la orilla, es peligroso. A continuación, cargan las armas. Solo disparan una vez, apuntando con precisión a la cabeza de la chica situada en el centro, y al caer nos arrastra a mí y a la otra chica al agua. Cierro los ojos. Los asesinos no quieren malgastar. No estoy en el centro.

El río nos arrastra, el agua está gélida, tiro desesperadamente de la cuerda y en algún momento me quedo sola. Esto es el final, pienso, el final; y de pronto oigo a Bence desde la orilla, que intenta seguir la marcha del embravecido Danubio. No para de correr y le oigo gritar a la vez que corre: Tienes que nadar, maldita sea, que tienes que nadar te he dicho. Y termina gimiendo: Así no funciona, así no funciona, son las trenzas. Pero Bence, ¿qué estás diciendo?, ¡ya no tengo trenzas!, le grito; y no paro de nadar, nado con la misma rapidez que él corre, con la misma fuerza que él grita. Más tarde, mucho, mucho más tarde, un par de kilómetros río abajo, logro agarrarme a un arbusto que sobresale en el río y más muerta que viva salgo a rastras del agua hasta llegar a un matorral, bajo el cual me escondo hasta que recupero el aliento y oscurece. Está lloviendo a cántaros.

Me castañetean los dientes y el vestido se me pega al cuerpo, pero sé aproximadamente dónde estoy. El distrito 11, donde vive Kati, la que se ocupaba de hacer nuestros recados en los años anteriores. Huele a lejía o a harina, y cuando me acaricia el pelo, me deja un rastro de harina en las trenzas. Sus manos siempre están calientes, me encantan. Camino pegada a las fachadas de las casas para que nadie me vea, y gracias a Dios encuentro la calle rápidamente; reconozco también la casa donde vive Kati y delante de la cual madre y yo solíamos pararnos cuando le entregábamos un mensaje o le transmitíamos una petición. Desde mi escondite veo que la pesada puerta principal se abre desde dentro. Un hombre grueso con un brazalete de la Cruz Flechada arrastra tras de sí a un perro igual de gordo, que jadea de mala gana. Me agacho aún más en mi escondrijo. La puerta principal no se cierra de golpe y consigo colarme en la casa. No enciendo la luz, más bien subo a oscuras sigilosamente al segundo piso. El cuarto de la izquierda es el cuarto de mi Kati, tiro de la campanilla con sumo cuidado y oigo cómo se acerca. Entreabre la puerta, en mi opinión tarda demasiado en reconocermme, pero luego tira de mí para que entre, aun cuando ya no tengo trenzas y bajo mis pies se ha formado un pequeño charco de agua. Sus manos son cálidas y me echo a llorar.

En los días siguientes Kati me salva una y otra vez. Me acaricia, me habla, me prepara mis platos favoritos y me da de comer, me suena la nariz y me seca las lágrimas. Me refugio en su calor. Kati pregunta: ¿Dónde has estado, mi princesa?, ¿qué te han hecho esos demonios? Pero yo me limito a sacudir la cabeza levantando las manos: ¡Por favor, no preguntes! Después de cinco días ya no me quedan lágrimas, estoy acostada en la cama de Kati y la oigo decir desde lejos: me voy a buscar a tu madre, tú quédate en el piso, no salgas a la calle, no hagas ruido. Pienso en el perro gordo y en el gordo del brazalete y no hago ruido. Atravieso de puntillas el cuartito hasta la ventana y con cada crujido del entarimado me quedo parada en el sitio una eternidad: ¿ladrará el perro?, ¿me estará buscando su amo?

Permanezco escondida en el apartamento de Kati hasta febrero de 1945. Los alemanes se han retirado de Budapest, los de la Cruz Flechada se arrancan los brazaletes y los queman junto con sus uniformes, luego llegan los rusos y mi madre llama a la puerta. Antes, no se atrevía nunca a salir de su escondite. Kati y mi madre se dan un abrazo. Las oigo musitar en la cocina. Todavía no sé qué le hicieron a la niña, susurra Kati; cuando apareció ante mi puerta, estaba completamente agotada y fría como un témpano, chorreando agua y con el vestido manchado de sangre. Ya me lo contará, dice mi madre. Me lo cuenta todo. No creo que pueda hablar de ello, dice Kati en voz baja. A continuación, se oye el tintineo de las cucharillas mientras remueven el café. Por la mañana temprano Kati consiguió hacerse con azúcar; a ambas les gusta que el café esté dulce.

Madre y yo nos mudamos a nuestro antiguo apartamento. Nuestros pasos van tanteando el terreno y nos esforzamos por vivir. Del ayer no hablamos. Es como si, después de mucho tiempo en un sótano oscuro, de golpe y porrazo nos hubieran sacado a la claridad. Madre quiere averiguar el paradero de padre. Habla con las autoridades, se dirige a la Cruz Roja. Tenemos que esperar y ver qué pasa, dice. En primer lugar, tienes que volver a la escuela, eso es lo más importante ahora. A veces me mira lo corto que llevo el pelo y sacude la cabeza. No nos reconocemos la una a la otra.

Padre no volverá. Nunca más. Terminé la escuela y me hice contable. Una buena contable, como dieron cuenta de ello muchos de mis directores. Hacer que las cuentas casaran, tratar a los números con respeto y asegurarme de que las cosas estuvieran en orden, esa era mi vida. He caminado erguida por esta vida. Nunca he gozado de buena salud, siempre había algo rondando en mi cuerpo y en mi cabeza; me quedé bajita, como si mi cuerpo hubiera quedado aterido en aquel entonces. Un metro cincuenta y dos, esos son mis números. Tiene una constitución débil, me decía la doctora, ha de tomárselo todo un poco más despacio que otras personas. Pero eso no iba ni va conmigo. Camino rauda y sigilosa, miro en derredor. ¿Por qué estás siempre

mirando a tu alrededor?, ya me han preguntado en alguna ocasión mis hijas, y mis nietas me preguntan asimismo cuando salimos a pasear: ¿A quién andas buscando?

Un 27 de mayo, el cumpleaños de mi hija mayor, mi yerno propone dar un paseo hasta el Danubio después del almuerzo. No quiero ir al Danubio, siempre estoy en el Danubio, pero doy mi brazo a torcer para no ser una aguafiestas. Caminamos por la orilla, los niños van delante con sus padres. Mis hijas se han adaptado a mi velocidad. Una familia feliz y satisfecha. Los niños se vuelven hacia nosotros entusiasmados y exclaman: ¡Aquí hay escarabajos!, ¡hemos visto escarabajos! Y yo murmuro: Los escarabajos éramos nosotros. Mi hija menor se inclina hacia mí: ¿Qué has dicho?

Por supuesto que estoy buscando a mi padre. Estoy buscando a mi madre, a la de antes. Estoy buscando mis trenzas. Estaban envueltas en papel de periódico. Pero desesperada y presa de un pánico creciente busco a mis dos hermanas, cuyos nombres ni siquiera conozco. Nunca las había visto y no nos presentamos cuando nos juntaron. Estaban a mi lado, y cada segundo de mi vida me precipito con ellas a las profundidades, unidas para siempre, con una cuerda.